





El buda de los suburbios



Hanif Kureishi

El buda de los suburbios

Traducción de Mónica Martín Berdagué



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Buddha of Suburbia
Faber and Faber
Londres, 1990

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Ángel Jové

Primera edición en «Panorama de narrativas»: mayo 1991
Primera edición en «Compactos»: febrero 1994
Segunda edición en «Compactos»: febrero 1996
Tercera edición en «Compactos»: enero 1998
Cuarta edición en «Compactos»: septiembre 1999
Quinta edición en «Compactos»: julio 2000
Sexta edición en «Compactos»: julio 2002
Séptima edición en «Compactos»: diciembre 2004
Octava edición en «Compactos»: septiembre 2006
Novena edición en «Compactos»: febrero 2008
Décima edición en «Compactos»: noviembre 2009
Undécima edición en «Compactos»: marzo 2011
Duodécima edición en «Compactos»: febrero 2012
Decimotercera edición en «Compactos»: septiembre 2013
Primera edición impresa en «Compactos» en Argentina: septiembre 2014

© De la traducción, Mónica Martín Berdagué, 1994

© Hanif Kureishi, 1990

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 1994
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2089-8
Depósito Legal: B. 12122-2011

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Artes Gráficas Rioplatense S.A. - Ciudad de Buenos Aires

Primera parte

En los suburbios



Mi nombre es Karim Amir y soy un inglés de los pies a la cabeza, casi. A menudo me consideran un tipo de inglés curioso, de una nueva raza como quien dice, porque soy el fruto de dos antiguas culturas. Pero no me importa: soy inglés (aunque no me enorgullezco de ello), de los suburbios del sur de Londres, y quiero llegar a ser algo. Quizá sea esa extraña mezcla de continentes y de sangre, de aquí y allá, de pertenecer y no pertenecer a este lugar, lo que hace de mí una persona inquieta y que se aburre con facilidad. O quizá se deba a que me crié en los suburbios. En cualquier caso, de poco sirve buscar la razón última cuando basta con decir que lo que buscaba a toda costa eran problemas, movimiento, acción y cualquier tipo de aventura sexual porque, en nuestra familia, todo era tremendamente deprimente, tedioso y triste; no sé por qué. A decir verdad, todo aquello me cansaba y estaba dispuesto a cualquier cosa.

Y un buen día todo cambió. Por la mañana veía las cosas de un modo y cuando me acosté ya habían cambiado totalmente. Tenía diecisiete años.

Aquel día mi padre llegó temprano del trabajo y no estaba abatido. Tratándose de él, eso se llamaba buen humor. Llevaba pegado todavía el olor a tren cuando soltó el maletín junto a la puerta de entrada, se quitó el impermeable y lo dejó de cualquier manera en el pasamanos de la escalera. Agarró a Allie, mi escurridizo hermano pequeño, y le dio un beso y luego nos besó a mi madre y a mí con entusiasmo, como si acabaran de rescatarnos de un terremoto. Ya más sosegado, entregó su cena a mamá: un

paquete de *kebabs* y *chapatis* tan grasientos que el papel del envoltorio prácticamente se había desintegrado. Después, en lugar de desplomarse en un sillón para ver el telediario y esperar a que mamá llevara a la mesa la comida recalentada, se fue al dormitorio, que estaba en la planta baja, junto al salón. Se desvistió a todo correr y se quedó en camiseta y calzoncillos.

—Tráeme la toalla rosa —me pidió.

Se la llevé. Papá la extendió en el suelo y se dejó caer de rodillas. Por un momento pensé que había vuelto a abrazar la religión. Pero no: colocó los brazos junto a la cabeza, se dio impulso y las piernas se alzaron en el aire.

—Tengo que practicar —me dijo, con voz ahogada.

—Practicar ¿para qué? —le pregunté, como es natural, sin dejar de mirarlo con interés y recelo.

—Me han seleccionado para las Olimpiadas de yoga —repuso. Papá era un hombre muy dado al sarcasmo.

Se mantenía tieso como un palo sobre su cabeza, en perfecto equilibrio. La barriga le colgaba y los huevos y la polla le abultaban en los calzoncillos. Tenía los bíceps desarrollados y tensos y su respiración era acompasada. Al igual que tantos indios, papá era bajito; pero era también un hombre elegante y apuesto, de manos y modales delicados. A su lado, la mayoría de los ingleses parecían jirafas desmañadas. Era fuerte y de espaldas anchas, porque de joven había sido boxeador y un fanático entusiasta de los extensores de tórax. Estaba tan orgulloso de su tórax como nuestros vecinos de su cocina. Al primer rayo de sol, se quitaba la camiseta y se apresuraba a salir al jardín con su tumbona y el *New Statesman* del día. Le gustaba contarme que en la India solía afeitarse el pecho con regularidad, para que el vello le creciera con renovado vigor con el transcurso de los años. Por eso deduje que el pecho era lo único en lo que se había mostrado previsor.

Al poco rato mi madre, que como de costumbre estaba en la cocina, vio que papá estaba practicando para las Olimpiadas de yoga. Llevaba meses sin hacerlo, así que supo enseguida que algo tramaba. Llevaba un delantal floreado y se limpiaba las manos continuamente con un trapo de cocina, recuerdo de la abadía de Woburn. Mamá era una mujer regordeta y poco preocupada por el físico, de cara redonda, tez pálida y dulces ojos castaños. Daba

la sensación de que consideraba su cuerpo un engorro que la rodeaba y estorbaba, una especie de isla desierta y por explorar en la que se encontraba varada. Por lo general, era una persona tímida y dócil, pero cuando se enfadaba podía volverse terriblemente agresiva, como en aquel momento.

—¡Allie, a la cama! —ordenó severa a mi hermano, que se asomaba a la puerta. Allie llevaba una redecilla para que el pelo no se le enmarañara mientras dormía—. ¡Por el amor de Dios, Haroon! —exclamó, dirigiéndose a mi padre—. ¡Ponerte así, delante de todo el mundo, con todo eso que se te marca! —Se volvió hacia mí—. ¡Si es que eres tú el que le incita! ¡Por lo menos corred las cortinas!

—Pero si no hace falta, mamá. No hay ni una sola casa en cien metros a la redonda... siempre que no nos estén espiando con prismáticos.

—Pues eso es exactamente lo que estarán haciendo —repuso mamá.

Fui a correr las cortinas que se abrían al jardín de la parte de atrás y la habitación pareció encogerse al instante. La tensión se acentuó. No veía el momento de salir de casa. Siempre quería estar en otra parte, no sé por qué.

Cuando papá trató de hablar, le salió un hilillo de voz ahogado.

—Karim, ve por el libro de yoga y léeme en voz alta y clara.

Salí corriendo y de entre todos los libros de papá sobre budismo, sufismo, confucianismo y zen que se había comprado en la librería oriental de Cecil Court, al otro lado de Charing Cross Road, elegí su libro de yoga preferido —*Yoga para mujeres*—, lleno de fotografías de mujeres de aspecto saludable enfundadas en leotardos negros. Me puse en cuclillas a su lado con el libro en la mano. Papá aspiraba, contenía la respiración, espiraba y volvía a contenerla de nuevo. Leer en voz alta no se me daba mal, y me imaginaba ya en el escenario del Old Vic mientras declamaba con tono solemne:

—Salamba Sirsasana restablece y preserva el espíritu de juventud, un bien inestimable. Es maravilloso saber que estás preparado para afrontar la vida y extraer de ella todas las alegrías que puede ofrecerte.

Papá soltó un gruñido de aprobación después de cada frase y abrió los ojos buscando a mi madre, que los había cerrado.

Seguí leyendo.

—Esta posición previene además la caída del cabello y reduce su tendencia al encanecimiento.

Ese era el golpe maestro de la jugada: evitar las canas. Satisfecho, papá se puso de pie y se vistió.

—Ya me encuentro mejor. Siento que me estoy haciendo viejo, ¿sabes? —Y en un tono más dulce añadió—: Por cierto, Margaret, esta noche vas a venir a casa de la señora Kay, ¿no? —Mamá negó con la cabeza—. ¡Venga, cielo! Hoy vamos a salir a divertirnos, ¿de acuerdo?

—Pero si no es a mí a quien Eva quiere ver —se quejó mamá—. No me hace ni caso, ¿no te das cuenta? Me trata como a una mierda de perro, Haroon. No soy lo suficientemente india para ella. Sólo soy una pobre inglesa.

—Ya sé que sólo eres inglesa, pero podrías ponerte un sari —dijo papá, soltando una risotada. Le encantaba bromear, pero mamá no era una buena víctima para sus gracias. En realidad todavía no se había dado cuenta de que, cuando se burlan de uno, hay que reírse—. Además, hoy será una velada especial —insistió papá.

Así que éste era el punto al que quería llegar. Esperó a que le preguntáramos.

—¿Por qué, papá?

—Me han pedido con mucha amabilidad que les hable de un par de aspectos de la filosofía oriental.

Lo dijo de un modo atropellado y luego, metiéndose la camiseta dentro del pantalón con mucho esmero, trató de disimular lo orgulloso que se sentía ante semejante honor, ante semejante reconocimiento de su valía. Aquélla era mi oportunidad.

—Si quieres te acompañaré yo a casa de Eva. Tenía pensado pasarme por el club de ajedrez, pero si tanto te ilusiona haré un esfuerzo por ir.

Lo dije con la ingenuidad de un colegial, porque no quería estropear las cosas con un entusiasmo exagerado. Ya había descubierto que, en la vida, cuando uno se muestra excesivamente entusiasta los demás suelen parecerlo menos. Y, en cambio,

cuando uno se muestra poco entusiasta los demás suelen entusiasmarse. Así que, cuanto más entusiasmado me sentía, menos entusiasmado solía mostrarme.

Papá se levantó la camiseta y se dio una serie de palmadas rápidas en la barriga con ambas manos, que hicieron un ruido fuerte y desagradable y resonaron en nuestra pequeña casa como disparos de pistola.

—De acuerdo —accedió papá—. Ve y cámbiate, Karim. —Y se volvió hacia mamá. Quería que ella le acompañara, que fuera testigo del respeto que los demás le profesaban—. Si quisieras venir, Margaret...

Subí a cambiarme a todo correr. Desde mi habitación, de paredes decoradas de suelo a techo con recortes de periódico, los oía discutir en la planta baja. ¿Acabaría convenciéndola de que fuera? Esperaba que no. Mi padre tenía mucho más desparpajo cuando mi madre no estaba presente. Puse uno de mis discos favoritos, «Positively Fourth Street», de Dylan, para prepararme espiritualmente para la velada.

Tardé siglos en vestirme: cambié de conjunto tres veces. A las siete en punto bajé por fin con el atuendo que yo sabía apropiado para la invitación de Eva. Me decidí por unos pantalones acampanados azul turquesa, una camisa transparente con estampado de flores en blanco y azul, botas de ante de color azul con tacón y un chaleco indio escarlata ribeteado con pespuntes dorados. Hasta me adorné la frente con una cinta para domar mi cabellera rizada, que me llegaba hasta los hombros, y prácticamente me lavé la cara con Old Spice.

Papá me esperaba junto a la puerta con las manos en los bolsillos. Llevaba un jersey negro de cuello cisne, una chaqueta negra de piel sintética y pantalones de pana de color gris de Mark & Spencer. Cuando me vio aparecer tuvo un repentino sobresalto.

—Di adiós a tu madre —me dijo.

Mamá estaba en el salón mirando *Steptoe and Son* y de vez en cuando daba un mordisquito a una barrita de chocolate con nueces para luego volver a dejarla en el puf que tenía delante. Para ella era todo un ritual: sólo se permitía un bocadito cada cuarto de hora, lo cual imprimía a su mirada un continuo vaivén

del reloj al televisor. A veces, sin embargo, parecía enloquecer y se la zampaba entera en dos minutos; pero siempre se justificaba diciendo: «Me la merezco.»

Al verme también dio un respingo.

—No nos pongas en evidencia, Karim —me pidió, sin apartar los ojos del televisor—. Pareces Danny La Rue.

—¿Y qué me dices de la tía Jean? —me defendí—. Lleva el pelo azul.

—En las mujeres mayores, el pelo azul es decoroso —me aclaró mamá.

Papá y yo salimos de casa tan aprisa como pudimos. Mientras estábamos esperando el autobús 227, al final de la calle, un profesor mío que era tuerto pasó junto a nosotros y me reconoció.

—¡No lo olvide, un título universitario equivale a dos mil libras esterlinas al año para toda la vida! —dijo el Cíclope.

—No se preocupe —repuso papá—. Irá a la universidad. Naturalmente que va a ir. Será una de las eminencias de Londres. Mi padre era médico y la medicina nos viene de familia.

La casa de los Kay no quedaba muy lejos, a unos seis kilómetros, pero papá nunca habría conseguido llegar sin mí. Yo me conocía todas las calles y la ruta de todos los autobuses.

Papá llevaba en Gran Bretaña desde 1950 —más de veinte años— y se había pasado quince en aquella zona suburbial del sur de Londres. A pesar de todo constantemente andaba por ahí confundiendo como un indio acabado de desembarcar y hacía preguntas del calibre de: «¿Dover está en Kent?» A mi parecer, como funcionario del Gobierno británico y empleado de la Administración pública, esas cosas había que saberlas, aunque uno fuera un trabajador tan insignificante y mal pagado como él. Me hacía sudar de vergüenza cada vez que paraba a desconocidos por la calle para preguntarles por sitios que estaban a cien metros de distancia en el barrio en el que llevábamos viviendo prácticamente dos décadas.

Pero su ingenuidad despertaba el instinto protector de la gente y las mujeres se sentían atraídas por su inocencia. Parecían desear estrecharlo entre sus brazos o algo así, tan indefenso e infantil parecía a veces. Y no es que este aire desvalido fuera natural en él, aunque siempre procuraba aprovecharlo a conciencia. Cuando yo

era niño y me llevaba al Lyon's Cornerhouse a tomar batidos, me mandaba a las mesas donde había mujeres sentadas y me hacía anunciar como una paloma mensajera: «Mi papá le envía un beso.»

Papá me enseñó a coquetear con todo el mundo, chicas y chicos, y acabé por considerar el encanto —y no la cortesía o la franqueza, o incluso la decencia— la principal virtud mundana. Hasta llegó a gustarme la gente retorcida o inmoral sólo porque me parecía interesante. Sin embargo, estaba seguro de que papá no había aprovechado su dulce carisma personal para acostarse con nadie que no fuera mamá, por lo menos de casado.

Con todo, empezaba a sospechar que la señora Eva Kay —que había conocido a papá hacía un año en una clase de «escribir por placer» en un aula del King's Head de Bromley High Road— sí quería estrecharle entre sus brazos. La lascivia era una de las razones por las que me encantaba ir a su casa y la vergüenza era una de las razones por las que mamá se había negado. Eva Kay era atrevida, desvergonzada, indecente.

De camino a casa de Eva, convencí a papá de que pasáramos por el Three Tuns de Beckenham. Bajé del autobús y papá no tuvo más remedio que seguirme. El pub estaba abarrotado de chicos vestidos como yo que iban a mi escuela y a otras escuelas del barrio. La mayoría de ellos, de aspecto anodino durante el día, en aquel momento lucían cascadas de terciopelo y satén de colores vivos, y los había incluso engalanados con telas de colchas y cortinas. Aquellos modernos hablaban de Syd Barrett en su lenguaje iniciático. Tener un hermano mayor que viviera en Londres y trabajara en el campo de la moda, la música o la publicidad era una auténtica ventaja en la escuela. Yo, en cambio, no tenía más remedio que estudiarme el *Melody Maker* y el *New Musical Express* para estar al día.

Cogí a papá de la mano y lo llevé hasta la habitación del fondo. Kevin Ayers, que había estado con Soft Machine, estaba sentado en un taburete y susurraba en un micrófono. Había con él un par de chicas francesas que no hacían más que caerse por el escenario. Papá y yo nos tomamos una jarra de cerveza cada uno. Como no estaba acostumbrado al alcohol, enseguida me embo-raché. Papá, en cambio, se puso melancólico.

—Tu madre me tiene preocupado —me dijo—. No quiere parti-

cipar en nada. Siempre soy yo el que tiene que hacer el esfuerzo para que esta familia se mantenga unida. No me extraña que necesite relajar la mente con ejercicios de meditación.

—¿Y por qué no os divorciáis? —le sugerí, por ayudarle.

—Porque no te gustaría.

Y, sin embargo, el divorcio era algo que nunca se habrían planteado. La gente que vivía en vecindarios como el nuestro rara vez soñaba con tratar de ser feliz. La rutina y la capacidad de aguante lo eran todo: la seguridad y el hecho de saberse a salvo eran la recompensa por una vida monótona. Apreté los puños bajo la mesa. No me apetecía pensar en eso. Pasarían años antes de que pudiera marcharme a la ciudad, a Londres, donde la vida era un insondable pozo de tentaciones.

—Estoy nerviosísimo por lo de esta noche —dijo papá—. Es la primera vez que hago una cosa así. No tengo ni idea. Va a ser un desastre.

Los Kay tenían una posición más desahogada que la nuestra: vivían en una casa más grande, con un camino que conducía al garaje, y tenían coche. Era una vivienda unifamiliar, junto a una carretera bordeada de árboles que salía a Beckenham High Street, con grandes ventanales, buhardilla, invernadero, tres dormitorios y calefacción central.

Cuando Eva Kay nos abrió la puerta no la reconocí y, por un momento, pensé que nos habíamos equivocado de casa. Sólo llevaba un caftán multicolor hasta los tobillos y el pelo suelto que le salía en todas direcciones. Se había oscurecido los ojos con kohl, lo que le daba el aspecto de un oso panda. Iba descalza y en las uñas de sus pies la laca verde alternaba con la roja.

Cuando hubo cerrado la puerta y nos encontramos protegidos por la oscuridad del vestíbulo, Eva abrazó a papá y le besuqueó toda la cara, labios incluidos. Era la primera vez que veía a alguien besarlo con verdadero interés. Y, ¡sorpresa, sorpresa!, no había rastro del señor Kay. Cuando Eva le dejó y se volvió hacia mí parecía una especie de aspersor humano del que emanaran ráfagas de perfume oriental. Y estaba pensando si Eva era o no la persona más sofisticada que conocía, o la más presumida, cuando me estampó un beso en los labios. Noté un calambre en el estómago. Pero Eva me tenía cogido ya de las manos y, alejándose

cuanto podía de mí como si yo fuera una chaqueta que estuviera a punto de probarse, me miraba de arriba abajo.

—Karim Amir, ¡eres tan exótico!, ¡tan original! ¡Todo un acontecimiento ¡Eres tan auténtico! —dijo.

—Gracias, señora Kay. De haberlo sabido con más antelación, me habría arreglado.

—¡Y ya veo que también tienes ese maravilloso y agudo ingenio de tu padre!

De pronto me sentí observado y al alzar los ojos vi a Charlie, su hijo, que estudiaba sexto grado en la misma escuela que yo y era casi un año mayor, sentado en lo alto de la escalera y medio oculto entre los balaustres de la barandilla. Era un chico al que la naturaleza había regalado tal belleza —su nariz era tan recta, sus mejillas tan hundidas, sus labios tan semejantes a un capullo de rosa— que a la gente le daba miedo acercársele siquiera y a menudo estaba solo. Hombres y chicos tenían erecciones por el mero hecho de encontrarse en la misma habitación que él y a algunos les ocurría lo mismo sólo por estar viviendo en el mismo país. Las mujeres suspiraban en su presencia y los profesores se ponían nerviosos. Hacía pocos días, durante uno de aquellos actos de la escuela en los que todos los profesores se sentaban en el estrado como una bandada de cuervos, el director se había explayado a gusto hablando de Vaughan Williams, porque teníamos que escuchar su «Fantasia on Greensleeves». Pues bien, cuando Yid, el profesor de religión, colocaba la aguja encima del disco polvoriento con su acostumbrada mojigatería, Charlie, que estaba en la misma fila que yo, se puso a sacudirse y a menear la cabeza y dijo en un susurro: «Chúpate ésa, dire.» «¿Qué pasa?», nos preguntamos unos a otros, y enseguida lo descubrimos porque, justo cuando el director echaba la cabeza hacia atrás para poder saborear mejor la dulce melodía de Vaughan Williams, los primeros acordes de «Come Together» sonaban ya atronadores por los altavoces. Y mientras Yid se abría paso entre sus colegas y se encaminaba apresurado al tocadiscos, toda la escuela cantaba la letra a voz en grito: «... *groove it up slowly ... he got ju-ju eyeballs ... he got hair down to his knees ...*» Por culpa de eso, a Charlie le azotaron con la vara delante de todo el mundo.

Le vi mover la cabeza apenas medio centímetro a modo de

saludo. Cuando nos dirigíamos a casa de Eva le había apartado de mis pensamientos deliberadamente. En realidad, no pensaba encontrarlo allí y por eso había pasado por el Three Tuns, por si había decidido ir a tomar la primera copa.

—Me alegra verte, hombre —dijo, bajando lentamente la escalera.

Abrazó a papá y le llamó por su nombre de pila. ¡Qué seguridad y qué estilo, como de costumbre! Cuando entró con nosotros en el salón, yo temblaba de emoción. En el club de ajedrez no me pasaban esas cosas.

A menudo mamá decía que Eva iba hecha una facha o que era una chismosa insoportable, y hasta yo reconocía que era un poco ridícula, pero también era la única persona que pasaba de la treintena con la que podía hablar. Estaba invariablemente de buen humor y hablaba con vehemencia de cualquier cosa. Por lo menos, no disimulaba sus sentimientos como hacían la mayoría de los pobres mortales que nos rodeaban. Le gustaba el primer álbum de los Rolling Stones y los Third Ear la volvían loca. La había visto bailar a lo Isadora Duncan en nuestro saloncito y luego me había explicado quién era Isadora Duncan y por qué le gustaban tanto los fulares. ¡Si hasta había visto a los Cream en su último concierto! En el recreo, antes de volver a clase, Charlie nos había contado su última extravagancia: les había llevado a la cama, a él y a su novia, unos huevos con tocino para desayunar y les había preguntado si habían disfrutado haciendo el amor.

Cuando venía a buscar a papá en coche los días en que iban al Círculo de Escritores, lo primero que hacía era subir corriendo a mi dormitorio y burlarse de mis fotografías de Marc Bolan.

—¿Qué estás leyendo? ¡Enséñame los libros que te has comprado últimamente! —me exigía. Y en una ocasión, añadió—: ¿Cómo se te ocurre leer a Kerouac, pobrecito inocentón? ¿No sabes aquello tan brillante que Truman Capote dijo de él?

—No.

—Pues dijo: «Eso no es escribir, es mecanografiar.»

—Pero Eva...

Para darle una buena lección, le leí las últimas páginas de *En el camino*.

—¡Buen golpe! —me felicitó, pero, como siempre había de te-

ner la última palabra, añadió en un murmullo—: Lo más cruel que puedes hacerle a Kerouac es releerlo a los treinta y ocho.

Al salir abrió su bolso de las sorpresas, como solía llamarlo.

—Toma, aquí tienes algo que leer. —Era *Candide*—. El sábado que viene te telefonaré para preguntarte.

Sin embargo, lo más emocionante era tener a Eva tumbada en mi cama mientras escuchaba los discos que ponía para ella y oír ese tono de confianza que solía adoptar para contarme los secretos de su vida amorosa. Su marido le pegaba, me decía. Nunca hacían el amor. Ella quería hacer el amor, porque era la sensación más arrebatadora que tenía a su alcance. Utilizaba la palabra «joder». Quería vivir, me decía. Me asustaba, me turbaba y, en cierto modo, trastornó a toda la familia desde el primer momento en que puso los pies en casa.

¿Qué pretendía hacer ahora con papá?, ¿qué estaría ocurriendo en su salón?

Eva había arrinconado todos los muebles. Los sillones estampados y las mesas con tablero de vidrio estaban arrimadas contra las estanterías de pino. Las cortinas estaban corridas. Cuatro hombres de mediana edad y cuatro mujeres de mediana edad, todos blancos, estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas comiendo cacahuetes y bebiendo vino. Sentado un poco apartado de toda esa gente, con la espalda pegada a la pared, había un hombre de edad indeterminada —podría haber tenido cualquier edad entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años— vestido con traje raído de pana negra y un par de voluminosos zapatos negros pasados de moda. Llevaba los bajos de los pantalones metidos dentro de los calcetines. Tenía el pelo rubio y sucio, y de los bolsillos deformados de la chaqueta asomaban libracos baratos ya muy manoseados. No parecía conocer a los demás, o por lo menos no le apetecía hablar con ellos. Sin embargo, viéndolo allí sentado y fumando, se adivinaba en él cierto interés, aunque científico. Estaba muy atento y nervioso.

Se oía una música acompañada de cánticos que me recordaba los funerales.

—¿No te encanta Bach? —me preguntó Charlie en un susurro.

—No es precisamente mi estilo.

-Me parece muy bien. Creo que arriba tengo algo de tu estilo.

-¿Dónde está tu padre?

-Tiene una crisis nerviosa.

-¿Eso quiere decir que no está aquí?

-Está en una especie de centro terapéutico donde dejan que la gente se desahogue a su gusto.

En mi familia una crisis nerviosa era algo tan exótico como Nueva Orleans. No tenía ni la más remota idea de lo que provocaban, pero, aun así, el padre de Charlie me parecía encajar perfectamente en la categoría de personas nerviosas. La única vez que había venido a casa, se había quedado solo en la cocina, llorando y tratando de arreglar la estilográfica de papá, mientras Eva, en el salón, decía que quería comprarse una moto. Recuerdo que el comentario arrancó un bostezo a mamá.

En aquel momento papá estaba sentado en el suelo. La conversación giraba en torno a la música y los libros y se hablaba de Dvořák, Krishnamurti y el eclecticismo. Al observarlos más de cerca recuerdo que pensé que los hombres debían de trabajar en publicidad o en diseño o en profesiones artísticas por el estilo. Sabía que el padre de Charlie se dedicaba a la publicidad, pero al hombre del traje de pana negra no lo tenía clasificado. De todos modos, fuera quien fuese toda aquella gente, había un esnobismo más exacerbado en aquella habitación que en todo el sur de Inglaterra junto.

En casa, papá se habría reído de todo aquello; sin embargo, ahora que se encontraba metido de lleno en ello, tenía todo el aspecto de no haberlo pasado mejor en su vida: dominaba la conversación, hablaba muy alto, interrumpía a todo el mundo y tocaba a todo el que estuviera a su alcance. Hombres y mujeres, salvo Traje de Pana, se habían ido sentando poco a poco en el suelo a su alrededor hasta formar un círculo. ¿Por qué tenía que reservar siempre su malhumor y sus gruñidos para nosotros?

Reparé en que el hombre que estaba sentado a mi lado se volvía hacia su vecino y señalaba a mi padre, que estaba enzarzado en plena perorata sobre la importancia de saber quedarse con la mente en blanco con una mujer que llevaba únicamente una larga camisa de hombre y unas medias negras. La mujer no

dejaba de asentir con gesto alentador, y fue entonces cuando aquel hombre dijo a su amigo en un susurro más que audible:

—¿Por qué se habrá traído Eva a este indio morenito? ¿Es que no vamos a agarrar una cogorza?

—¡Nos va a hacer una demostración de arte místico!

—¿Y ha dejado aparcado el camello a la puerta?

—No, ha venido en su alfombra voladora.

—¿De Cyril Lord o de Debenhams?

Entonces le propiné un buen puntapié en los riñones y el hombre alzó la vista hacia mí.

—Subamos a mi cuarto, Karim —me propuso Charlie, para mi alivio.

Pero antes de que tuviéramos tiempo de marcharnos Eva apagó la lámpara de pie y, tras colocar un enorme fular transparente encima de la única lámpara que había dejado encendida, la habitación quedó sumida en un resplandor rosado. Se movía como una bailarina. Uno a uno, se fueron quedando en silencio. Eva sonreía a todo el mundo.

—¿Por qué no nos relajamos? —les sugirió.

Todos asintieron.

—¿Por qué no? —dijo la mujer de la camisa.

—Sí, sí —se animó otro.

Un hombre empezó a batir palmas con las manos flácidas como guantes vacíos, abrió la boca cuanto pudo y sacó la lengua, con los ojos desorbitados, como una gárgola.

Eva se volvió hacia mi padre y se inclinó a modo de saludo, al estilo japonés.

—Mi buen y muy querido amigo Haroon nos enseñará el Camino, la Senda.

—¡Dios bendito! —dijo a Charlie en un susurro, al recordar que papá era incapaz de dar con el camino para ir a Beckenham.

—Mira, míralos bien —musitó Charlie, poniéndose en cuclillas.

Papá se sentó al fondo de la habitación. Todo el mundo lo miraba con interés y expectación, salvo los dos hombres que se hallaban a mi lado, que no dejaban de mirarse el uno al otro como si estuvieran a punto de echarse a reír. Papá arrancó a hablar con voz pausada, con ese tono propio de las confidencias.

Aquel nerviosismo primero parecía habersele pasado por completo. Sabía que contaba con su atención y que harían lo que les pidiera. Estoy seguro de que era la primera vez que hacía algo parecido, así que iba a tener que improvisar.

—Lo que os va a ocurrir esta noche os va a sentar muy bien. Es muy probable que incluso os cambie un poquito o que os induzca a cambiar para alcanzar todo vuestro potencial como seres humanos. Ahora bien, hay algo que no debéis hacer: resistiros. Resistirse es como empeñarse en conducir un coche con el freno de mano puesto. —Hizo una pausa. Todos los ojos estaban fijos en él—. Primero haremos unos ejercicios en el suelo. Sentaos con las piernas separadas. —Y se sentaron con las piernas separadas—. Levantad los brazos. —Y levantaron los brazos—. Y, ahora, expulsad todo el aire y tratad de tocaros la punta del pie derecho.

Después de unas cuantas posiciones básicas de yoga los tenía a todos tumbados panza arriba. Obedeciendo las órdenes que dictaba con voz melodiosa fueron relajando los dedos, uno a uno, luego las muñecas, los dedos de los pies, la frente y, por increíble que parezca, las orejas. Entretanto, papá no había perdido el tiempo y se había quitado ya los zapatos y los calcetines y —como era de esperar— la camisa y su inmaculada camiseta de malla. Se abría paso con dificultad entre el círculo de durmientes y levantaba un brazo aquí, una pierna allá, para comprobar que no estaban tensos. Eva, que también estaba tumbada con la espalda pegada al suelo, tenía un ojo que se abría por momentos en una mirada traviesa. ¿Habría visto alguna vez un pecho tan oscuro, fuerte y velludo como aquél? Cuando papá pasó por su lado con su caminar ligero, Eva le tocó el pie con la mano. El hombre del traje de pana negro no conseguía relajarse: seguía allí sentado como un manojo de palos tiesos, con las piernas cruzadas, un cigarrillo encendido entre los dedos y la mirada perdida en el techo.

—¡Larguémonos de aquí antes de que nos quedemos hipnotizados como este hatajo de idiotas! —le dije a Charlie en voz baja.

—¿No te parece fascinante?

En el rellano del piso de arriba había una escalera de mano que conducía a la buhardilla de Charlie.

—Quítate el reloj, por favor —me pidió—. El factor tiempo no existe en mis dominios.

Así que dejé el reloj en el suelo y trepé por la escalera de mano hasta la buhardilla, que ocupaba por entero el último piso de la casa. Charlie tenía todo aquel espacio para él solito. Las paredes inclinadas y el bajo techo estaban cubiertos de pinturas de mandalas y de cabezas melenudas. La batería ocupaba el centro de la habitación y vi cuatro guitarras —dos acústicas y dos Stratocaster— alineadas contra la pared. Había grandes cojines esparcidos por todas partes, montones de discos y los cuatro Beatles de la época de «Sergeant Peppers» reinaban en las paredes como dioses.

—¿Has oído algo bueno últimamente? —me preguntó, mientras encendía una vela.

—Sí.

Después de la tranquilidad y del silencio del salón, mi tono de voz se me antojó absurdamente alto.

—El nuevo disco de los Stones. Hoy lo he puesto en clase de música y casi se vuelven locos. Se han quitado todos la chaqueta y la corbata y se han puesto a bailar. ¡Hasta yo me he puesto de pie encima del pupitre! Parecía un extraño ritual pagano. Tendrías que haberlo visto, tío.

Por la expresión de la cara de Charlie supe inmediatamente que me consideraba un bestia, un inculto, un criajo. Charlie se echó hacia atrás la melena, que le llegaba hasta los hombros, me dirigió una mirada de lástima y luego sonrió.

—Creo que ya es hora de que desatasques bien los oídos con algo bueno de verdad, Karim.

Y entonces puso un disco de Pink Floyd que se llamaba «Ummagumma». Hice un esfuerzo por estar atento mientras Charlie se sentó frente a mí y lió un porro, tras espolvorear una hoja de hierba seca sobre el tabaco.

—¡Menudo padre tienes! Es el mejor. Es un sabio. ¿Y practicas eso de la meditación todas las mañanas?

Asentí con la cabeza. Al fin y al cabo asentir no puede considerarse exactamente una mentira, ¿no?

—¿Y los cantos también?

—No, todos los días no.

Entonces pensé en cómo eran en realidad las mañanas en casa: papá revolvía la cocina porque no encontraba aceite de oliva para untarse el pelo, mi hermano y yo nos peleábamos por el *Daily Mirror* y mi madre se quejaba porque tenía que ir a trabajar a la zapatería.

Charlie me pasó el porro. Le di una calada y se lo devolví, pero me eché la ceniza por la pechera de la camisa y hasta conseguí quemarla un poquitín. Estaba tan nervioso y tan mareado que me puse de pie enseguida.

—¿Qué te pasa?

—¡Tengo que ir al lavabo!

Bajé la escalera de mano de la buhardilla a todo correr. En el cuarto de baño de los Kay había carteles enmarcados que anunciaban obras de Genet. Había rollos de pergamino y bambú con dibujos de orientales rechonchos copulando. Había también un bidé. Mientras estaba allí sentado, observándolo todo con los pantalones bajados, tuve una revelación extraordinaria. Por primera vez vi mi vida con claridad: el futuro y lo que quería hacer. Viviría siempre igual de intensamente: misticismo, alcohol, sexo a manta, gente interesante y drogas. Era la primera vez que lo veía así y ya no deseaba otra cosa. La puerta hacia el futuro se acababa de abrir: sabía qué camino seguir.

¿Y Charlie? El amor que sentía por él era insólito: no era un amor generoso. Le admiraba más que a nadie, pero no le deseaba nada bueno. Lo que ocurría era que le prefería a mí y quería ser él. Envidiaba su talento, su cara, su estilo. Me habría gustado levantarme por la mañana con todas esas cosas transferidas a mí.

Me quedé de pie en el vestíbulo del primer piso. La casa estaba en silencio y únicamente se oía muy queda «A Saucerful of Secrets» procedente del piso de arriba. Alguien estaba quemando incienso. Bajé por las escaleras hasta la planta baja sin hacer ruido. La puerta del salón estaba abierta, así que eché un vistazo a la habitación, entonces en penumbra. Los publicitarios y sus esposas estaban sentados con las piernas cruzadas, la espalda muy derecha y los ojos cerrados y respirando profunda y rítmicamente. Mientras tanto, Traje de Pana leía y fumaba, sentado en su sillón, dando la espalda a todo el mundo. En el salón no se veía ni rastro de Eva ni de papá. ¿Dónde se habrían metido?